

## **DOMINGO SEGUNDO DE NAVIDAD**

**1ª lectura** (Eclesiástico, 24, 1-2.8-12): *El Creador estableció mi morada.*

**Salmo** (147, 12-13.14-15.19-20): *«La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros»*

**2ª lectura** (Efesios, 1, 3-6.15-18): *Él nos eligió en la persona de Cristo.*

**Evangelio** (Juan 1, 1-18): *Al mundo vino, y en el mundo estaba.*

El libro del Eclesiástico se escribió en el siglo II antes de Cristo, un tiempo duro, difícil, de luchas terribles por el poder, de corrupción generalizada, de competencia entre las grandes potencias y de conflicto entre culturas orientales y occidentales que pugnaban por extenderse sobre el vehículo de sus estructuras comerciales, políticas y militares. Los pueblos soportaban el chaparrón, se veían a sí mismos débiles entre potencias inmensas, inseguros ante tanta fuerza, desorientados ante tanta multiculturalidad y desprotegidos en medio de identidades tan marcadas y seductoras. La realidad les desborda, y lo que ocurre en el tiempo les plantea una serie de interrogantes sobre su propia identidad, sus convicciones más firmes, su fe religiosa, su Dios y su cultura tradicional. **¿Quién entiende nada en medio de tanto caos?**

No se trata sólo de conocer su funcionamiento. Ya sabían de la tensión entre Persia, Grecia y Roma. Ya conocían los mecanismos de ocupación militar y los sistemas fiscales de financiación de sus invasores. Ya habían visto a sus jóvenes seducidos por la cara más amable de los dirigentes de estos pueblos extraños y renunciando a sus tradiciones propias en nombre de una moda que ridiculizaba lo propio y lo consideraban un vestigio de tiempos obsoletos. Lo mismo ocurría entre los contemporáneos que, doscientos años más tarde encuentra Juan, el evangelista en su ambiente, un poco más al noroeste. También ellos andan buscando la palabra que les diga y les oriente, que anime y les descifre la vida. No era, pues, cuestión de funcionamiento. Era algo más profundo, más global, más integral.

Los hechos son dramáticos: guerra, violencia, muerte, suicidio, maltrato... las cifras son alarmantes, pero el mundo parece no querer verlo. Todo parecido con nuestro tiempo ¿es pura coincidencia? ¿Qué hay detrás de todo? ¿Cuál es el sentido que se esconde tras las barreras de la apariencia? ¿Hacia dónde va todo esto? ¿Qué horizonte se vislumbra a medio plazo? Una sutil cortina, de esas que parecen traslúcidas pero que no dejan ver, se ha corrido. Nadie quiere abordar un drama callado del que sólo asoma, en ocasiones, su parte más dura, su manifestación más extrema.

En las rutas de la vida oímos muchas palabras y encontramos menos señales. Algunos, cada día más, no encuentran quien les diga algo verdaderamente orientativo. Da la impresión de que nadie quiera o se atreva a decir una palabra sobre ese itinerario. La vida es un camino difícil, duro, tenso. Se necesita algo más que cosas para recorrerlo y sostenerlo. Si alguno se atreve a decir algo, rápidamente le acechamos para pedirle su credencial de policía de la vida o cuidador de incautos. ¿Quién eres tú para decirme de qué modo debo conducirme? Sin embargo, es Navidad, un nuevo año se abre ante nosotros. Un año para la esperanza o para el tedio. Una oportunidad para la vida o un periodo de tiempo más para el vacío.

En un ambiente, marcado por la ansiedad, el cansancio y la búsqueda que ayude a superar el vacío interior de una sociedad permisiva, tolerante, pero sin esperanza, los cristianos nos sentimos empujados a presentar una respuesta: **«La Palabra hecha carne»**. No al modo de las viejas escuelas que tienen su lección bien aprendida y repiten con insistencia sus fórmulas. No al estilo sofista que expresa lo que el oyente quiere oír. No al modo mediático que pregona los mensajes del poder. No en el modo sacerdotal de fórmulas cripticas, abracadabrantas, de ritos exotéricos. Tampoco en las fórmulas para iniciados en ciencias ocultas. Hoy, los cristianos, en este mundo que despierta preguntas, que provoca desconciertos, que causa desorientación y extiende la sensación de vacío, tenemos una respuesta, una **Palabra** que ofrecer al mundo.

No es una **Palabra** rutinaria y repetida, manoseada y carente de significación. No es una **Palabra** para decir sino para mostrar en convivencia. Porque no es una **Palabra** que esté en las bibliotecas, ni en los laboratorios, ni en los consejos de administración, ni en las comisiones ministeriales. Es una **Palabra** que habita en nuestras casas, que convive en nuestros trabajos, que acompaña nuestros cansancios. Es Alguien como nosotros, vivo y lleno de vitalidad, transmisor de sensaciones interiores y constructor de cualidades personales. Es alguien que es Niño para significar futuro, adulto para reflejar intensidad vital, víctima para expresar solidaridad, resucitado para afirmar esperanza y amor para decir Dios-Padre. Es Jesucristo, Dios-Hijo, a quien muchos buscan sin saberlo y en el que muchos hemos encontrado no una respuesta, sino la respuesta: **¡Si Dios nace en nosotros, la vida cambia!**